
EDITORIAL

Uno de los hechos que ponen al descubierto la superficialidad en que a veces nos movemos es el énfasis con que se reciben las cosas nuevas —aquella “rerum novarum cupiditas” que ya criticaban los antiguos— y lo pronto con que después las mismas novedades, que en un primer momento nos entusiasmaron, quedan olvidadas. Como si lo que interesara no fuera la realidad objetiva, sino la efímera circunstancia de su novedad, de aquella novedad, por otra parte, que bien pronto dejará de existir, pues lo que en un determinado momento es “nuevo” deja bien pronto de serlo.

Seguramente el desencanto con que hoy no pocos miran la liturgia es debido, por lo menos en gran parte, a este hecho. En efecto, hace algunos años se hablaba con innegable entusiasmo del “nuevo” Misal, de los “nuevos” Leccionarios o Rituales, de las “nuevas” anáforas; hoy, en cambio, no se anuncia ya ninguna liturgia “nueva”, ni se promulga ningún “nuevo” libro para la celebración. Y por ello probablemente para algunos la liturgia ha dejado de ser interesante. Ante este hecho no sabemos qué es más preocupante: si el actual desinterés de algunos por la liturgia o el débil fundamento que tuvieron ciertos entusiasmos de hace unos años por parte de otros.

No podemos negar que en este contexto nos cuestionamos con cierto temor —el temor de que retorne un nuevo desencanto des-

pués de un fervor superficialmente creado— ante el posible resurgimiento de un nuevo interés por la liturgia a raíz de la publicación de unas “nuevas” anáforas que se nos prometen para pronto, o de la promulgación de la “nueva” versión castellana del Padrenuestro o del Ordinario de la Misa que acaba de prepararse para que las naciones de América y España puedan tener un texto común. Nos alegraremos de que maduren estos proyectos, pero en todo caso, pensamos, que si el resurgir del interés por la liturgia arrancara de hechos como éstos en cuanto representan sólo una “novedad”, sería un resurgir bien inconsistente; y además bien efímero también, pues pasadas sólo unas semanas, o a lo sumo unos meses, continuaremos teniendo sí, unas pocas anáforas más y unas versiones algo diversas del Ordinario de la misa, pero ciertamente ya no podremos hablar ni de anáforas “nuevas” ni de Ordinario “nuevo”.

Esta denuncia sobre la poca consistencia que tiene la simple circunstancia de novedad y la urgencia de valorar, por el contrario, realidades más substanciales, nos las ha sugerido, por lo menos en parte, el sumario de este número de *Oración de las Horas*. En el mismo, en efecto, se publican colaboraciones que tienen como telón de fondo el tiempo cuaresmal: tanto los puntos de reflexión de P. Tena que invitan a releer y asumir la importante Constitución Apostólica *Poenitemini* de Pablo VI como la celebración penitencial preparada por JM Bernal, son páginas de marcado tinte cuaresmal. Ahora bien, como sea que este número de la revista corresponde al mes de marzo, ¿no pensarán algunos que temas como estos llegan con demasiado retraso, que mediada ya la Cuaresma los temas penitenciales interesan ya poco y que, entrados en marzo, vale más pensar en la “nueva” Pascua que se avecina?

Ante esta posible tentación de mirar la Cuaresma como algo ya pasado, algo que ha dejado de ser actual e interesante, nos ha parecido oportuno insistir en la conveniencia de recalcar no sólo las novedades que van surgiendo, sino de profundizar también en los valores más importantes; es decir, de vivir no sólo la “novedad” de la Cuaresma al acercarse su inicio, sino de subrayar también la importancia del “perseverar” y “profundizar” en la misma. Por ello un toque de atención que aleje la superficialidad que podría significar, con referencia a este tiempo en concreto, limitarse a subrayar sólo lo “nuevo” nos parece no sólo oportuno sino incluso necesario.

Si se quiere superar el peligro de superficialidad al que nos referimos hay que asumir, con clara conciencia, que la renovación de la vida cristiana, la propia conversión, la preparación a la Pascua, es decir todo el sentido del ciclo cuaresmal, no pueden limitarse a la simple "novedad" del miércoles de ceniza, sino que deben tener un dinamismo "in crescendo" hasta llegar al Triduo Pascual.

Son precisamente las últimas semanas de Cuaresma, cuando ésta ha alcanzado ya una cierta profundización a través de varias semanas de rodaje, el mejor momento para "meditar" con fruto la Constitución Apostólica *Poenitemini*, según las claras pistas que Pere Tena sugiere en estas páginas. Y es también cuando la Cuaresma está tocando a su fin, después de que la liturgia nos ha injertado vitalmente con sus insistentes llamadas a la conversión, en un ambiente penitencial, el mejor y más expresivo momento para culminar esta penitencia celebrándola incluso sacramentalmente con una cierta solemnidad.

Por otra parte el frecuente y equilibrado recurso al sacramento de la penitencia, tal como lo ha recomendado insistentemente Juan Pablo II, puede quedar como iluminado y su sentido clarificado si, como culminación de este tiempo penitencial, se hace una celebración de este sacramento más solemne y más expresiva que habitualmente. De la misma forma que la misa de la Noche pascual ilumina el sentido de la misa de cada domingo —e incluso de cada día—, así una celebración del sacramento de la penitencia más explícita y más cuidada en sus signos, celebrada al final de Cuaresma, puede vivificar el significado de las celebraciones de este sacramento durante el resto del año.

P.F.